

David Le Breton

Desaparecer de sí

Una tentación
contemporánea

Traducción del francés de
Hugo Castignani

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 86 (Serie Mayor)

«Quien no acepta este mundo no levanta una casa en él. Si siente frío, es sin tener frío. Se acalora sin calor. Si tala abedules, es como si no talara nada; pero los abedules están ahí, en el suelo, y recibe el dinero acordado, o bien tan solo recibe golpes. Recibe los golpes como un don sin sentido, y se marcha sin extrañarse».

HENRI MICHAUX,
«Hacia la serenidad», *La noche se agita*

«Todo ha acabado para mí en la tierra. Ya no me pueden hacer ni bien ni mal [...], tranquilo en el fondo del abismo [...] pero impasible como Dios mismo».

JEAN-JACQUES ROUSSEAU,
Las ensoñaciones del paseante solitario

Índice

Umbral: Dificiles identidades contemporáneas	11
1. Dejar de ser una persona	21
2. Maneras discretas de desaparecer	47
3. Formas de desaparición de sí en la adolescencia	74
4. Alzheimer: desaparecer de su existencia	129
5. Desaparecer sin dejar dirección	151
6. Uno mismo como ficciones	175
Apertura: Las tentaciones de la subjetividad contemporánea	186
Bibliografía	189

Umbral: Dificiles identidades contemporáneas

«Nunca podrás sino desear volverte árbol a tu vez».

GEORGES PEREC, *Un hombre duerme*

A veces, nuestra existencia nos pesa. Nos gustaría liberarnos, aunque solo fuera por un instante, de las necesidades que esta conlleva. Darnos en cierto modo unas vacaciones de nosotros mismos para recobrar el aliento, para descansar. Aunque sin duda nuestras condiciones de vida son mejores que las de nuestros antepasados, no nos libran de su actividad esencial, consistente en darle un valor y un sentido a nuestra existencia, en sentirnos ligados a los demás, en experimentar el sentimiento de ocupar un lugar en el seno del vínculo social. La individualización del sentido, al liberarnos de las tradiciones o de los valores comunes, nos exime de toda autoridad. Cada uno se convierte en su propio amo y deja de tener que rendir cuentas a nadie más que a sí mismo. La ruptura de ese vínculo social aísla a cada individuo y lo enfrenta a su libertad, al disfrute de su autonomía o, al contrario, a su sentimiento de insuficiencia, a su fracaso personal. El individuo que carece de recursos internos sólidos para adaptarse a los acontecimientos y dotarlos de valor y de sentido, que no tiene suficiente confianza en sí mismo, se siente tanto más vulnerable y debe sostenerse por sí solo, ya que su comunidad no lo va a hacer. A menudo se halla sumido en un clima de tensión, de inquietud, de duda, que le hace la vida muy difícil. El placer de vivir no es fácil de encontrar. Muchos de nuestros contemporáneos que aspiran a aliviar un poco la presión sobre sus espaldas, a suspender el esfuerzo necesario para continuar siendo ellos mismos al hilo

del tiempo y de las circunstancias, siempre a la altura de las propias exigencias y de las de los demás. Incluso cuando no pesan las dificultades, puede surgir la tentación de desembarazarse de sí mismo por un rato, para así escapar de las rutinas y de las preocupaciones. Toda descarga es oportuna porque nos da tregua por un instante.

En una sociedad en la que se imponen la flexibilidad, la urgencia, la velocidad, la competitividad, la eficacia, etcétera, el ser uno mismo no se produce de forma natural, en la medida en que hace falta en todo momento estar en el mundo, adaptarse a las circunstancias, asumir su autonomía, estar a la altura. Ya no es suficiente con nacer o crecer, ahora es necesario estar constantemente en construcción, permanecer movilizado, dar un sentido a la vida, fundamentar las acciones sobre unos valores. La tarea de ser un individuo es ardua, sobre todo cuando precisamente se trata de convertirse en uno mismo. Encontrar los soportes de la autonomía y bastarse a sí mismo no es igual de fácil para todos: cada individuo posee capacidades distintas. «Mientras que las obligaciones morales se han atenuado, las psíquicas han invadido la escena social: la emancipación y la acción extienden desmesuradamente la responsabilidad individual, agudizando la conciencia de ser solo uno mismo [...]. Esa es la razón por la cual la insuficiencia es a la persona contemporánea lo que el conflicto representaba para la de la primera mitad del siglo xx» (Ehrenberg, 1998, 276). El individuo no dispone hoy en día de una orientación para construirse, o mejor dicho, se enfrenta a una multitud de posibilidades para la que solo puede contar con sus propios medios. Esta falta de fundamentación social y la ausencia de una reglamentación exterior no facilitan el acceso a la autonomía. Todo individuo es, sin embargo, responsable de sí mismo, incluso aunque le falten los medios económicos y sobre todo simbólicos para asumir una libertad que no ha elegido, pero que le ha sido concedida por el contexto democrático de nuestras sociedades. Y se encuentra solo en esta búsqueda. No dispone ya de un marco político para afirmarse en una lucha común, como pudo haber existido en el pasado, ni de una cultura de clase y un destino compartido con otros. Situarse bajo la autoridad de sí mismo

implica la renovación incesante de toda una serie de habilidades y de recursos internos, constituyendo una fuente de inquietud y de angustia, y requiriendo de un esfuerzo constante. La identidad se ha convertido en una noción fundamental para poner en cuestión tanto la persona individual como el conjunto de nuestras sociedades, pues hoy en día se halla en crisis y alimenta una «incertidumbre radical sobre la continuidad y la consistencia del yo» (Gauchet, 2004, 257). La transparencia ha desaparecido entre las diferentes formas de socialización y de la subjetividad. Mantener su lugar en el seno del vínculo social implica una tensión, un esfuerzo.

La velocidad, la fluidez de los acontecimientos, la precariedad del empleo, los múltiples cambios impiden la creación de relaciones privilegiadas con los otros y aíslan al individuo. Solamente la resistencia y la solidez del vínculo social, su enraizamiento, ofrecen la posibilidad de forjar amistades duraderas, y por lo tanto de proporcionar formas de reconocimiento en el día a día. La vida social de vecindario, por ejemplo, se hace más líquida, efímera y superficial debido a la permanente rotación de los habitantes del barrio. Al final, es difícil conocer a los vecinos. El individuo hipermoderno está desconectado. Exige la presencia de los otros, pero también su alejamiento. Marcel Gauchet nos recuerda que la ciudadanía era, hasta hace bien pocos años, una conjunción entre lo general y lo particular. Se trataba de que cada individuo se apropiara del punto de vista del conjunto, de que se situara como uno entre muchos, en un movimiento en el que ni uno ni otro se perdieran. Hoy en día «lo que prima es la disyunción: cada individuo pretende que su particularidad le sea reconocida por parte de una instancia general de la que no se le pide que comparta su punto de vista, y a cuyos titulares se les deja el trabajo de arreglárselas por sí mismos» (Gauchet, 2004, 106).

El vínculo social es más una variable ambiental que una exigencia moral. Para algunos, incluso, no es más que el escenario de su desarrollo personal. El vínculo al otro ha dejado de ser una obligación para convertirse en algo opcional. Cotidianamente, la mayoría de las relaciones no exigen compromiso; la televisión, internet, los chats y los foros, o el

teléfono móvil son formas de estar sin estar y de liberarse de una relación con solo apagar la pantalla. El iPod o las demás tecnologías electrónicas, aun estando en el corazón de la vida urbana, son en realidad medios para «apagar la calle» o para poner momentáneamente entre paréntesis la presencia del otro incluso mientras se mantiene con él una conversación cara a cara. El individuo contemporáneo más que vinculado está conectado, se comunica cada vez más pero se encuentra con los otros cada vez menos (Breton, 2009, 44), y de hecho prefiere las relaciones superficiales que comienzan y terminan según su voluntad.

Son muchos los que se reconocen en este universo en movimiento incesante, en el que hay que darse en todo momento, ajustándose a las circunstancias cambiantes, y que disponen de los recursos internos necesarios para mantenerse en la carrera o para remontar en la clasificación. Son autónomos, individuos en el pleno sentido del término. No temen las tensiones asociadas al hecho de ser responsable de su propia existencia. Son hombres y mujeres siempre a tono con los movimientos del mundo, capaces de ser creativos o de resistir ante los mandatos contradictorios que se repiten a lo largo de sus vidas personales y profesionales. Sin embargo, en este contexto, la relajación del esfuerzo de ser uno mismo se convierte a veces en una verdadera tentación, aunque se haga bajo una forma deliberada, feliz, por ejemplo mediante la práctica cotidiana de una actividad física o deportiva, una afición, un viaje, una salida nocturna diferente, un retiro en un monasterio... Maneras de cambiar de personaje, de dejar de implicarse en una constante necesidad de estar activos que a veces puede ser excesivamente exigente. En esas ocasiones, el individuo se evade de un modo lúdico. Justamente se siente, literalmente, «de vacaciones». Sin deshacerse de todos sus vínculos sociales, los pone a distancia durante un momento para retomar el control, para calmar el trasiego de su vida cotidiana o profesional y realizarse a través de una actividad placentera.

La popularidad de la marcha y el senderismo en nuestras sociedades da fe de esta voluntad de liberarse de las rutinas de la vida personal durante algunas horas o más, de volverse

anónimo en los caminos, sin más obligaciones de identidad. El caminante es libre en sus movimientos, en su ritmo, no debe nada a nadie, y nadie le viene a recordar sus responsabilidades. Está en otro lugar, nadie sabe quién es ni hacia dónde va. Establece relaciones provisionales o duraderas con los otros, pero según su voluntad. En los senderos y atajos el sentimiento de sí se desata, las exigencias de la vida social se relajan. Caminar es un ejercicio lúdico y controlado de desaparición, una reapropiación feliz de la existencia (Le Breton, 2000b; 2012b).

Muchos momentos cotidianos ofrecen un retiro lejos de las exigencias de la vida social: una ensoñación o una meditación, la lectura de un texto o la escucha de una pieza musical, un sueño reparador pero también conducir un trayecto largo, efectuar un trabajo repetitivo... Hay un millar de actividades propicias a un relajamiento interior susceptible de modificarse instantáneamente en situación de alerta. Escapadas de lo cotidiano y de sus cadenas que nos atan a roles difíciles de abandonar pero pesados de cargar durante demasiado tiempo. Esta disociación es un elemento fundamental del día a día vital, un breve olvido del medio y una inmersión en la interioridad, que desemboca en una especie de distensión de la voluntad, un balanceo del yo para hacer olvidar el aburrimiento de una tarea y/o encontrar una diversión. Nadie está del todo presente en lo que hace (como veremos en el capítulo 2 de este libro).

En lo que sigue, llamaré blancura a un estado de ausencia de sí más o menos pronunciado, a un cierto despedirse del propio yo, provocado por la dificultad de ser uno mismo. En todos estos casos, lo que se quiere es reducir la presión. La existencia no es siempre evidente; al contrario, a menudo es una fatiga, una contradicción. La blancura responde al sentimiento de saturación, de hartura, que experimenta el individuo. Búsqueda de una relación amortiguada con los otros, resistencia al imperativo de construirse una identidad en el contexto del individualismo democrático de nuestras sociedades. Entre el vínculo social y la nada, dibuja un territorio intermedio, una manera de hacerse el muerto por un momento. A veces la depresión, el síndrome de desgaste profesional o *burnout*, el colapso del vínculo de sentido con los otros y con su propia vida, destru-

yen todo narcisismo y conducen a que el individuo fracase en su intento de aferrarse a su propio cuerpo, soltando amarras con dolor. El sentido desaparece, el vacío se apodera de un yo expurgado, pero la muerte todavía no ha llegado. No es tan solo el cuerpo lo que se pone provisionalmente en suspenso, sino el individuo entero, y especialmente sus pensamientos, sus apuestas vitales, su relación con el mundo. El universo de representaciones que lo inundan permanentemente se interrumpe o se enturbia, la mediación de sentido se relaja. El yo desaparece en el *blank* (en inglés, el espacio no ocupado, vacío). Mantiene su existencia como una página en blanco para no perderse o correr el riesgo de implicarse, de ser afectado por el mundo. Yace en la indiferencia de las cosas, aliviado del esfuerzo de ser él mismo, a veces sin saber ya quién es o dónde se encuentra, sin sentirse responsable de los otros o de su propia existencia. El mundo le ha dejado de preocupar, vagando en un *no man's land* que necesita para poder recobrar el aliento, relajar sus propias tensiones. Permanece en el limbo, ni en la vida ni en el vínculo social, ni del todo dentro ni del todo fuera. A veces se dice: «Estoy en blanco» para evocar un olvido, una ausencia, una especie de paréntesis. André Green y Jean-Luc Donnet hablan de «psicosis blanca» cuando «el Yo procede a desapegarse de las representaciones, afrontando su vacío constitutivo. El Yo se obliga a sí mismo a desaparecer» (1973, 174).

La blancura alcanza al hombre o la mujer ordinarios cuando llegan al límite de sus recursos para continuar asumiendo su personaje; están cansados, fuera de los movimientos del vínculo social, pero lo saben, y un día u otro pueden volver a entrar en su antigua piel o acceder a una nueva tras ese momento de desaparición que necesitaban para continuar viviendo. Viven entonces un momento paradójico para recrearse, hacer el vacío, despojarse de lo que se les ha hecho demasiado pesado. Esa experiencia sigue estando bajo control. Pero a veces se convierte en un estado duradero que se impone cuando sueltan amarras y se abandonan al peso de los acontecimientos sin querer ya actuar sobre ellos.

La blancura es un entumecimiento, un dejar estar que nace de la dificultad para transformar las cosas. En este uni-

verso del control que se impone en el ambiente de nuestras sociedades neoliberales, es una paradójica voluntad de no poder. Dejar de querer controlar su propia existencia y permitir su propio hundimiento. Es una investigación deliberada de la penuria en el contexto social de la profusión de objetos; una pasión de la ausencia en un universo marcado por una búsqueda desenfrenada de sensaciones y de apariencias; un deseo de desposeerse allá donde el ambiente social está invadido por el poder de las tecnologías y la acumulación de bienes; una voluntad de supresión ante la obligación de individualizarse. Paradójica preferencia del menos en detrimento del más. Frente a la hipervigilancia requerida para continuar con el ejercicio de su autonomía, adoptan el grado *a minima* de la conciencia. Ya no quieren ni comunicarse, ni intercambiar, ni proyectarse en el tiempo, ni siquiera participar en el presente; no desean nada, ni tienen nada que decir. Prefieren ver el mundo desde la otra orilla (cap. 1).

La desaparición puede ser una abrasión de los significados que mantienen al individuo en el mundo, una breve experiencia de desposesión. En la clínica abundan estos casos, con adolescentes que llegan incluso a provocarse el coma mediante la ingesta de alcohol o los juegos de asfixia y otras formas de vértigo en las que el joven se entrega para no tener que pensar en una presencia en el mundo que le resulta dolorosa. Perdido en la blancura, sin identidad, sin posibilidad de ser identificado, escapa entonces a toda comunicación, aunque su cuerpo siga estando allí. Ya no tiene nombre, ya no responde, se muestra como un enigma. Sacudirlo para intentar despertarlo no sirve de nada, sumido como está en un exilio interior por su síncope, por la secta que controla sus hechos y sus gestos, por una coraza farmacológica, el alcohol o la droga que lo separan del vínculo social ordinario, inmerso en una *second life* gracias a su ordenador (como veremos en el capítulo 3 de este libro).

Esta voluntad de retiro, a veces radical, se vuelve a encontrar en el otro extremo de la vida, durante la vejez, con problemas como el del alzhéimer y otras formas de demencia. En este caso, los recursos interiores capaces de aportar sentido están inva-

riablemente congelados. Todo significado se halla suspendido por una inmersión en el vacío, o más bien en un mundo que las palabras no son capaces de describir. Ya no hay comunicación posible; toda disponibilidad, toda presencia ante sí y ante el otro dejan de existir. Ni siquiera sobrevive un atisbo de narcisismo, pues el Yo ha desaparecido, la consciencia está sorda y ciega (cap. 4). La blancura es un desprendimiento de la identidad, un no-lugar en el que las constricciones impuestas por el medio desaparecen. Hacerse el muerto es una manera de cambiar y no morir, de evitar matarse incluso. Muriendo, el grito del individuo intenta no perderse. Y, según la situación, la búsqueda de la ausencia domina de manera duradera o provisional.

Pero la desaparición de sí mismo no se hace siempre a través de la interioridad; también se hace mediante la fuga, algunos hasta se van sin dejar una dirección, abandonado a sus familias y seres cercanos en el desamparo cuando nada hacía presentir su decisión. Empiezan así una vida nueva y, liberados de su antigua identidad, de las responsabilidades que se les pegaban a la piel, pueden recomenzar sin tener que darle cuentas a nadie, pues precisamente deberán inventarse un personaje que solo depende de las informaciones que de sí mismos les den a sus interlocutores (cap. 5).

La retirada del vínculo social y la indiferencia son a veces acusadas de egoísmo, pero responden sobre todo a una voluntad de ponerse fuera de juego, de liberarse de las pasiones comunes, de no dejarse llevar nunca más por ellas. Ascesis de inspiración estoica, pero sin un deseo de perfección moral, la desaparición de sí es vivida por los demás como una deserción, un aislamiento fuera del vínculo social. Suscita la reprobación o la inquietud, aunque al individuo le da igual, está más allá de la situación, siente que ya no le queda nada que dar, que está demasiado cansado para perseverar en el esfuerzo de vivir. No opone otra cosa que su inercia a la voluntad de los otros de volver a ponerlo en marcha¹.

¹ Hay muchas otras formas de desaparición que no serán abordadas en este libro: la de los demandantes de asilo y los refugiados (Agier, 2002), la de los exiliados políticos, o algunas de tipo profesional como la de los etnólogos

En *Moby Dick*, Herman Melville escribe admirablemente acerca de las ambivalencias del blanco, de la fascinación y el terror que se mezclan en él: «Pero todavía no hemos explicado el encantamiento de esta blancura, ni hemos descubierto por qué apela con tal poder al alma, más extraño y mucho más portentoso..., por qué, como hemos visto, es a la vez el más significativo símbolo de las cosas espirituales, e incluso el mismísimo velo de la deidad cristiana, y, sin embargo, que tenga que ser, como es, el factor intensificador en las cosas que más horrorizan a la humanidad. ¿Es que por su naturaleza indefinida refleja los vacíos e inmensidades sin corazón del universo, y así nos apuñala por la espalda con la idea de la aniquilación, cuando observamos las blancas honduras de la Vía Láctea?» (Melville, 2000, cap. XLII).

En este libro queremos sumergirnos en la subjetividad contemporánea y analizar una de sus tentaciones más vivas, la de deshacerse por fin de sí mismo, aunque solo sea por un momento. De forma dolorosa o propicia, recorre una antropología de los límites en la pluralidad de los mundos contemporáneos (Le Breton, 2007; 2010; 2012a), se inscribe en una exploración de lo íntimo cuando el individuo se deja llevar, sin querer por ello morir, o cuando se inventa medios provisionales de desprenderse de sí mismo. Las condiciones sociales están siempre mezcladas con condiciones afectivas; y son estas últimas las que inducen, por ejemplo, las conductas de riesgo de los jóvenes en un contexto de sufrimiento personal, o las que provocan la depresión y sin duda la mayoría de las demencias seniles. Así como el enfoque de los psicólogos frecuentemente no tiene en cuenta el trasfondo social y cultural, el de los sociólogos pasa por alto los datos más afectivos, considerando a los individuos como eternos adultos, sin infancia, ni inconsciente, ni dificultades íntimas. La comprensión sociológica y antropológica de la diversidad de mundos contemporáneos puede reconquis-

(Dibie, 1998) y los periodistas provisionalmente inmersos en otro universo social y cultural para así poder comprender mejor (Wallraff, 1987; 2010; Aubenbas, 2011). Tampoco la existencia monástica y el retiro espiritual o místico en un mundo de la interioridad (Le Breton, 1997) ni la elección de la soledad (Kelen, 2005).

tar la singularidad de una historia personal al cruzar la trama afectiva y social que envuelve al individuo y, especialmente, los significados que alimentan su relación con el mundo. Esa es la tarea de este libro.